

La nobleza de Benegas

Lo vi el miércoles en el pasillo y a la pasada me hizo la propuesta. En ese momento me pareció hasta indecente, una avivada del gordo: acordar tablas de antemano, miralo vos, pensé, sabe que pierde y se tira un lance.

Sentí que una vez más avanzaban sobre mis posiciones –situación reiterada que me ha puesto a la defensiva- pero me protegí con una fuerte negativa. Entonces el gordo cambió de frente, y ya que el partido iba a fondo por el punto me apostó un asado. Acepté el desafío –inesperada derivación de su primer propuesta- y aunque quedé violentado por lo que consideraba una ocurrencia astuta, inspirada en mi natural tono-quedo, sentí que degustaba la amarga satisfacción del que quisiera vivir sin actos de defensa pero sabe defenderse sin bajar la guardia en esta selva.

Quedó ahí hasta el sábado a las 20, cuando nos reunimos en el club a disputar la partida, -como se ve, mi relación con el ajedrez pasa sólo por el entretenimiento, aunque desde luego, siempre quiera ganar-.

El gordo que tenía las blancas, pidió jugar en una mesa que daba a la puerta de calle, argumentó razones visuales, la luz blanca de un foco fluorescente caía a pleno allí; acepté su pedido y nos dispusimos a comenzar el juego. Me recordó lo de la apuesta, sobre todo que se trataba de un asado para la familia, le respondí que no se preocupara, que mi familia era un incipiente acuerdo de dos, y que por eso, iba a gastar poco.

¿Debería contar el desarrollo de la partida? Sospecho que no, pero me interesa hablar de esta personalidad que me retrae, que me vuelve juguete de cualquier iniciativa ajena, aún sobre el tablero de ajedrez. Con pocos temas, él comenzó a mandar, mis piezas se trabaron en la defensa de un ataque chiquito, con pocas posibilidades de desarrollo y bastante insensato; pero de a poco, mi juego conservador lo fue haciendo más peligroso. No hay mejor defensa que un buen ataque, cómo no lo tuve presente, al final colgué la dama y llegó el momento cumbre.

Con la partida ganada –circunstancia que asumíamos los dos-, pero todavía con la posibilidad de disimularlo, el gordo levantó la vista, me miró a los ojos, y en tono de confianza dijo:

-Le ofrezco tablas, usted tiene las negras, le conviene, acordamos tablas y lo seguimos jugando sólo por entretenernos.

Lo miré sorprendido, bajé la mirada buscando el tablero que ya no estaba ahí; mi pensamiento regresaba al miércoles, al pasillo de la escuela, a la voz del gordo reverberando en el eco, clara, firme y al alcance de todos, proponiéndome tablas. Ahora me revelaba su sinceridad, ni ironía ni demagogia le inspiraban esta reincidencia. El gordo, como un buen comunista, había querido y quería que los dos avanzáramos solidariamente en el torneo.

Desde luego no acepté y en un par de jugadas el rey negro abdicó...

Está escrito que lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres, por eso este relato celebra, reverencia, la nobleza de Benegas.

Miguel Marcos

Ganador del primer concurso de cuentos cortos. Feria del libro. La Rioja. 2002.

Profesor de Lengua y Literatura del Centro Polivalente de Arte “Estanislao Guzmán Loza” de La Rioja

Estudiante de la Licenciatura en Letras en la Universidad Nacional de Catamarca.